



Enviados a reconciliar

Día del Seminario 2016

Textos sobre la Misericordia



© Editorial EDICE
Añastro, 1
28033 Madrid
Tlf.: 91 343 97 92
edice@conferenciaepiscopal.es

Depósito legal: M-4440-2016

Mensaje del santo padre Francisco para la Cuaresma 2016

“Misericordia quiero y no sacrificio” (Mt 9, 13)
Las obras de misericordia en el camino jubilar

1. María, icono de una Iglesia que evangeliza porque es evangelizada

En la Bula de convocación del Jubileo invité a que «la Cuaresma de este Año Jubilar sea vivida con mayor intensidad, como momento fuerte para celebrar y experimentar la misericordia de Dios» (*Misericordiae Vultus*, n. 17). Con la invitación a escuchar la Palabra de Dios y a participar en la iniciativa «24 horas para el Señor» quise hacer hincapié en la primacía de la escucha orante de la Palabra, especialmente de la palabra profética. La misericordia de Dios, en efecto, es un anuncio al mundo: pero cada cristiano está llamado a experimentar en primera persona ese anuncio. Por eso, en el tiempo de la Cuaresma enviaré a los Misioneros de la Misericordia, a fin de que sean para todos un signo concreto de la cercanía y del perdón de Dios.

María, después de haber acogido la Buena Noticia que le dirige el arcángel Gabriel, canta proféticamente en el *Magnificat* la misericordia con la que Dios la ha elegido. La Virgen de Nazaret, prometida con José, se convierte así en el icono perfecto de la Iglesia que evangeliza, porque fue y sigue siendo evangelizada por obra del Espíritu Santo, que hizo fecundo su vientre virginal. En la tradición profética, en su etimología, la misericordia está estrechamente vinculada, precisamente con las entrañas maternas (*rahamim*) y con

una bondad generosa, fiel y compasiva (*hesed*) que se tiene en el seno de las relaciones conyugales y parentales.

2. La alianza de Dios con los hombres: una historia de misericordia

El misterio de la misericordia divina se revela a lo largo de la historia de la alianza entre Dios y su pueblo Israel. Dios, en efecto, se muestra siempre rico en misericordia, dispuesto a derramar en su pueblo, en cada circunstancia, una ternura y una compasión visceral, especialmente en los momentos más dramáticos, cuando la infidelidad rompe el vínculo del Pacto y es preciso ratificar la alianza de modo más estable en la justicia y la verdad. Aquí estamos frente a un auténtico drama de amor, en el cual Dios desempeña el papel de padre y de marido traicionado, mientras que Israel el de hijo/hija y el de esposa infiel. Son justamente las imágenes familiares —como en el caso de Oseas (cf. *Os* 1-2)— las que expresan hasta qué punto Dios desea unirse a su pueblo.

Este drama de amor alcanza su culmen en el Hijo hecho hombre. En él Dios derrama su ilimitada misericordia hasta tal punto que hace de él la «Misericordia encarnada» (*Misericordiae Vultus*, n. 8). En efecto, como hombre, Jesús de Nazaret es hijo de Israel a todos los efectos. Y lo es hasta tal punto que encarna la escucha perfecta de Dios que el *Shemà* requiere a todo judío, y que todavía hoy es el corazón de la alianza de Dios con Israel: «Escucha, Israel: El Señor es nuestro Dios, el Señor es uno solo. Amarás, pues, al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas» (*Dt* 6, 4-5). El Hijo de Dios es el Esposo que hace cualquier cosa por ganarse el amor de su Esposa, con quien está unido con un amor incondicional, que se hace visible en las nupcias eternas con ella.

Es este el corazón del *kerygma* apostólico, en el cual la misericordia divina ocupa un lugar central y fundamental. Es «la belleza

del amor salvífico de Dios manifestado en Jesucristo muerto y resucitado» (exh. ap. *Evangelii gaudium*, n. 36), el primer anuncio que «siempre hay que volver a escuchar de diversas maneras y siempre hay que volver a anunciar de una forma o de otra a lo largo de la catequesis» (*ibid.*, 164). La Misericordia entonces «expresa el comportamiento de Dios hacia el pecador, ofreciéndole una ulterior posibilidad para examinarse, convertirse y creer» (*Misericordiae Vultus*, n. 21), restableciendo de ese modo la relación con él. Y, en Jesús crucificado, Dios quiere alcanzar al pecador incluso en su lejanía más extrema, justamente allí donde se perdió y se alejó de Él. Y esto lo hace con la esperanza de poder así, finalmente, enternecer el corazón endurecido de su Esposa.

3. Las obras de misericordia

La misericordia de Dios transforma el corazón del hombre haciéndole experimentar un amor fiel, y lo hace a su vez capaz de misericordia. Es siempre un milagro el que la misericordia divina se irradie en la vida de cada uno de nosotros, impulsándonos a amar al prójimo y animándonos a vivir lo que la tradición de la Iglesia llama las obras de misericordia corporales y espirituales. Ellas nos recuerdan que nuestra fe se traduce en gestos concretos y cotidianos, destinados a ayudar a nuestro prójimo en el cuerpo y en el espíritu, y sobre los que seremos juzgados: nutrirlo, visitarlo, consolarlo y educarlo. Por eso, expresé mi deseo de que «el pueblo cristiano reflexione durante el Jubileo sobre las obras de misericordia corporales y espirituales. Será un modo para despertar nuestra conciencia, muchas veces aletargada ante el drama de la pobreza, y para entrar todavía más en el corazón del Evangelio, donde los pobres son los privilegiados de la misericordia divina» (*ibid.*, n. 15). En el pobre, en efecto, la carne de Cristo «se hace de nuevo visible como cuerpo martirizado, llagado, flagelado, desnutrido, en fuga (...), para que nosotros lo reconozcamos, lo toquemos y lo asistamos con cuida-

do» (*ibid.*). Misterio inaudito y escandaloso la continuación en la historia del sufrimiento del Cordero Inocente, zarza ardiente de amor gratuito ante el cual, como Moisés, solo podemos quitarnos las sandalias (cf. *Éx* 3,5); más aún cuando el pobre es el hermano o la hermana en Cristo que sufren a causa de su fe.

Ante este amor fuerte como la muerte (cf. *Cant* 8, 6), el pobre más miserable es quien no acepta reconocerse como tal. Cree que es rico, pero en realidad es el más pobre de los pobres. Esto es así porque es esclavo del pecado, que lo empuja a utilizar la riqueza y el poder no para servir a Dios y a los demás, sino para sofocar dentro de sí la íntima convicción de que tampoco él es más que un pobre mendigo. Y cuanto mayor es el poder y la riqueza a su disposición, tanto mayor puede llegar a ser este engañoso ofuscamiento. Llega hasta tal punto que ni siquiera ve al pobre Lázaro, que mendiga a la puerta de su casa (cf. *Lc* 16, 20-21), y que es figura de Cristo que en los pobres mendiga nuestra conversión. Lázaro es la posibilidad de conversión que Dios nos ofrece y que quizá no vemos. Y este ofuscamiento va acompañado de un soberbio delirio de omnipotencia, en el cual resuena siniestramente el demoníaco «seréis como Dios» (*Gén* 3, 5) que es la raíz de todo pecado. Ese delirio también puede asumir formas sociales y políticas, como han mostrado los totalitarismos del siglo XX, y como muestran hoy las ideologías del pensamiento único y de la tecnociencia, que pretenden hacer que Dios sea irrelevante y que el hombre se reduzca a una masa para utilizar. Y actualmente también pueden mostrarlo las estructuras de pecado vinculadas a un modelo falso de desarrollo, basado en la idolatría del dinero, como consecuencia del cual las personas y las sociedades más ricas se vuelven indiferentes al destino de los pobres, a quienes cierran sus puertas, negándose incluso a mirarlos.

La Cuaresma de este Año Jubilar, pues, es para todos un tiempo favorable para salir por fin de nuestra alienación existencial gracias a la escucha de la Palabra y a las obras de misericordia. Mediante las

corporales tocamos la carne de Cristo en los hermanos y hermanas que necesitan ser nutridos, vestidos, alojados, visitados, mientras que las espirituales tocan más directamente nuestra condición de pecadores: aconsejar, enseñar, perdonar, amonestar, rezar. Por tanto, nunca hay que separar las obras corporales de las espirituales. Precisamente tocando en el mísero la carne de Jesús crucificado el pecador podrá recibir como don la conciencia de que él mismo es un pobre mendigo. A través de este camino también los «soberbios», los «poderosos» y los «ricos», de los que habla el *Magnificat*, tienen la posibilidad de darse cuenta de que son inmerecidamente amados por Cristo crucificado, muerto y resucitado por ellos. Solo en este amor está la respuesta a la sed de felicidad y de amor infinitos que el hombre —engañándose— cree poder colmar con los ídolos del saber, del poder y del poseer. Sin embargo, siempre queda el peligro de que, a causa de un cerrarse cada vez más herméticamente a Cristo, que en el pobre sigue llamando a la puerta de su corazón, los soberbios, los ricos y los poderosos acaben por condenarse a sí mismos a caer en el eterno abismo de soledad que es el infierno. He aquí, pues, que resuenan de nuevo para ellos, al igual que para todos nosotros, las lacerantes palabras de Abrahán: «Tienen a Moisés y los Profetas; que los escuchen» (*Lc* 16, 29). Esta escucha activa nos preparará del mejor modo posible para celebrar la victoria definitiva sobre el pecado y sobre la muerte del Esposo ya resucitado, que desea purificar a su Esposa prometida, a la espera de su venida.

No perdamos este tiempo de Cuaresma favorable para la conversión. Lo pedimos por la intercesión materna de la Virgen María, que fue la primera que, frente a la grandeza de la misericordia divina que recibió gratuitamente, confesó su propia pequeñez (cf. *Lc* 1, 48), reconociéndose como la humilde esclava del Señor (cf. *Lc* 1, 38).

*Vaticano, 4 de octubre de 2015
Fiesta de San Francisco de Asís*

Textos sobre la Misericordia

Una inspiración diaria para que la misericordia
forme parte de tu vida

Padres de la Iglesia

Los 10 pensamientos más significativos sobre el tema en el corazón del Año santo que estamos viviendo.

1) San Ignacio de Antioquía

En las cartas dirigidas a los cristianos de Filadelfia y de Roma, mientras se está dirigiendo hacia la capital del imperio para dar su supremo testimonio de amor a Cristo, lee su propio martirio como un signo de la misericordia divina.

«Hermanos míos, mi corazón rebosa de amor hacia vosotros; y regocijándome sobremanera velo por vuestra seguridad; con todo, no soy yo, sino Jesucristo; y el llevar sus cadenas aún me produce más temor, por cuanto aún no he sido perfeccionado. Pero vuestras oraciones me harán perfecto [hacia Dios], para alcanzar misericordia» (*Carta a los cristianos de Filadelfia* 5, 1).

2) San Clemente Romano

Escribiendo en nombre de la Iglesia de la Urbe, dirige una invitación a la caridad y a la unidad a los cristianos de Corinto. En la gran oración que coloca al final de su carta, engrandece la bondad misericordiosa de Dios.

«Obedezcamos por tanto a su grandiosa y gloriosa voluntad. Suplicando su misericordia y su bondad, postrémonos y dirijámonos a su piedad, abandonando la vanidad, la discordia y los celos que conducen a la muerte» (*Carta a los cristianos de Corinto* 9, 1).

3) San Policarpo de Esmirna

Escribiendo a los cristianos de Filipos, les exhorta a huir de los vicios y a vivir la misericordia divina con una vida coherente y de perdón; las exhortaciones se dirigen especialmente a los presbíteros que guían a la comunidad cristiana.

«Que los presbíteros sean indulgentes y misericordiosos hacia todos, llamen a los extraviados y visiten a todos los enfermos sin descuidar a la viuda, al huérfano y al pobre, y sean solícitos en el bien ante Dios y los hombres» (*Carta a los Filipenses* 6, 1.2).

4) San Justino

Filósofo palestino y mártir en Roma, es el autor de algunas de las más conocidas apologías de la fe cristiana en el siglo II. En su texto recuerda que la misericordia divina se extiende sobre los justos y sobre los injustos sin distinciones, e invita a rezar sinceramente también por los enemigos.

«Podemos observar que Dios omnipotente es manso y misericordioso, hace resplandecer el sol sobre justos e injustos, y manda la lluvia sobre santos y malvados» (*Diálogo con Trifón* 96).

5) San Gregorio Nacianceno

Obispo y doctor de la Iglesia, que fue maestro también de san Jerónimo, describe así las obras de misericordia en un conocido discurso suyo que trata del amor a los pobres.

«Conquistémonos la bendición (...) intentemos ser benévolos. Ni siquiera la noche suspenda tus deberes de misericordia. No digas: “Volveré atrás y mañana te ayudaré”. Que ningún intervalo se interponga entre tu propósito y la obra de beneficencia. La beneficencia, de hecho, no admite titubeos» (*Discurso* 14, 38.40).

6) San Cromacio

Obispo de la antigua Aquileia, estuvo activo entre los siglos IV y V. Es autor de un *Comentario al Evangelio de Mateo* y de numerosas *Homilias*, que son un precioso testimonio de la fe y de la vitalidad de la Iglesia que él presidía con doctrina y caridad.

«El Señor de las misericordias dice que los misericordiosos son bienaventurados. Con esto quiere decir que nadie puede obtener misericordia del Señor si a su vez no usa misericordia. En otro lugar se dice: Sed misericordiosos como el Padre que está en los cielos es misericordioso» (*Comentario a Mateo* 17, 6).

7) San Ambrosio

Obispo de Milán, nos muestra al Padre celeste que en la imagen del padre de la parábola de Lucas corre al encuentro del hijo arrepentido para darle mucho más de lo que su arrepentimiento podría esperar.

«Cristo se te echa al cuello, porque te quiere quitar el peso de la esclavitud del cuello e imponerte un dulce yugo» (*Exposición del Evangelio de Lucas* 7, 229-230).

8) San Juan Crisóstomo

Antioqueno de origen y patriarca de la capital imperial Constantinopla, uno de los grandes testigos del Evangelio hasta el don supremo de su misma vida, nos dejó lecciones de misericordia con-

creta a través de su generosidad y el empeño constante hacia todas las miserias, espirituales y materiales, de sus fieles.

«Parece a primera vista que la recompensa sea igual al bien que se ha hecho, pero en realidad es infinitamente más grande. Los hombres practican la misericordia como hombres y obtendrán a cambio misericordia del Dios del universo. La misericordia humana y la divina no son iguales: entre ellas hay tanta distancia como entre la maldad y la bondad» (*Comentario a Mateo 15, 4*).

9) *San Cirilo*

Obispo de Alejandría que tuvo gran parte en el éxito del concilio de Éfeso del 431, al contrario de tantos teólogos que durante los siglos marginaron progresivamente la misericordia —colocándola entre las otras propiedades divinas, detrás de las que se consideraban más importantes que derivan de la esencia metafísica de Dios—, nos permite reflexionar cómo los Padres se daban cuenta claramente del papel central de la misericordia en la Revelación divina.

«En estrecha cercanía con las virtudes ya recordadas, está la misericordia. Ella es buenísima, y muy agradable a Dios, y adecuada en sumo grado para las almas pías. Sed misericordiosos, dice, como vuestro Padre que está en los cielos es misericordioso» (*Comentario a Lucas. Homilía 29*).

10) *Isaac de Nínive*

Llamado también el Sirio, originario del Golfo Pérsico y después obispo por breve tiempo de Nínive, es muy venerado en todo el Oriente cristiano. Es un autor del final de la era patristica. El texto, muy bello, nos recuerda que la misericordia debe superar la justicia, y que al hombre misericordioso no se le ahorran las tribulaciones

para entrar en el reino de Dios, como sucedió al Hijo de Dios y a sus discípulos.

«Pero yo digo que si el misericordioso no supera la justicia no es misericordioso. Es decir, deberá ser misericordioso con los hombres no sólo dando de lo suyo, sino también soportando la injusticia voluntariamente y con alegría» (*Discursos ascéticos* 4).

San Agustín de Hipona

No existirán las obras, hijas de la necesidad, donde no habrá necesidad alguna. No habrá obras de misericordia donde no habrá miseria alguna. No partirás tu pan con el pobre donde nadie es mendigo. No hospedarás al peregrino donde todos viven en su patria. No visitarás al enfermo donde todos están sanos para siempre. No vestirás al desnudo donde todos están vestidos de luz eterna. No darás sepultura al muerto donde todos viven sin fin... (s. 37, 30)

Enseñar al que no sabe

Oyes orar al Maestro; aprende a orar; oRó para enseñarnos a orar, padeció para enseñarnos a padecer, resucitó para enseñarnos a esperar la resurrección (en. Ps. 56, 5)

Dar buen consejo al que lo necesita

No debemos despreciar a nadie, quienquiera que sea la persona que nos dé un consejo conforme a la verdad (2, 68)

Corregir al que se equivoca

Es mucho más admirable y laudable recibir de buen grado la corrección que corregir con audacia al que se desvía (ep. 82, 2, 22)

Perdonar al que nos ofende

Hemos llegado a un acuerdo con Dios y hemos pactado con él las condiciones de nuestro perdón; en señal de garantía hemos plasmado allí nuestra firma. Con plena confianza pedimos que nos perdone, pero a condición de perdonar también nosotros (s. 211, 1)

Consolar al triste

Es de necesidad que os entristezcáis, pero adonde llega la tristeza, allí entre el consuelo de la esperanza. (s. 173, 1)

Sufrir con paciencia los defectos del prójimo

Seamos pacientes con liberal amor, no con servil temor. Clamemos mientras somos pobres para ser enriquecidos con aquella herencia (pat. 29, 26)

Rogar a Dios por los vivos y los difuntos

No se puede negar que las almas de los difuntos son aliviadas por la piedad de sus parientes vivos, cuando se ofrece por ellas el sacrificio del Mediador o cuando se hacen limosnas en la Iglesia. (ench. 110, 29)

Corporales

Visitar a los enfermos

¿Qué es el hombre sino un enfermo que debe ser curado?

Dar de comer al hambriento

No debemos desear que haya pordioseros para ejercer con ellos las obras de misericordia. Das pan al hambriento, pero mejor

sería que nadie tuviese hambre, y así no darías a nadie de comer (ep. Io. tr. 8, 5)

Dar de beber al sediento

No solo da limosna el que da comida al hambriento, bebida al sediento, vestido al desnudo (...), sino también quien perdona al que peca, el que corrige con el azote a aquel sobre quien le ha sido concedido poder, o refrena por medio de una severa educación... (ench. 72, 19)

Dar posada al peregrino

Nadie se ensoberbezca porque da algo a un pobre: Cristo fue pobre; nadie se vanaglorie porque ofrece hospitalidad: Cristo fue huésped (s. 239, 4)

Vestir al desnudo

Uno tiene dinero: alimente al pobre, vista al desnudo, levante la iglesia, obre con su dinero todo el bien que pueda (s. 91, 9)

Visitar a los encarcelados

Ponderad, hermanos, adónde llega el amor de nuestra Cabeza. Aunque ya en el cielo, sigue padeciendo aquí mientras padece la Iglesia. Aquí tiene Cristo hambre, aquí tiene sed, y está desnudo, y carece de hogar, y está enfermo y encarcelado (s. 137, 2).

Enterrar a los muertos

La caridad entierra a los muertos, también la soberbia. Todas las obras buenas que quiere hacer y hace la caridad las fustiga la soberbia contra la caridad... (ep. Io. tr. 8, 9)

Sermón 358A

Así, pues, cuando haces una obra de misericordia, si das pan, compadécete de quien está hambriento; si le das de beber, compadécete de quien está sediento; si das un vestido, compadécete del desnudo; si ofreces hospitalidad, compadécete del peregrino; si visitas a un enfermo, compadécete de él; si das sepultura a un difunto, lamenta que haya muerto; si pacificas a un contencioso, lamenta su afán de litigar.

Sermón 38, 6

Cristo está necesitado cuando lo está un pobre. Quien está dispuesto a dar a todos los suyos la vida eterna, se ha dignado recibir de manera temporal en cualquier pobre.

Sermón 25, 8

He aquí que, con el favor de Dios, estamos en el invierno. Pensad en los pobres, en cómo vestir a Cristo desnudo. Cada uno de vosotros espera recibir a Cristo sentado en el cielo; vedle yaciendo en un portal; vedle pasando hambre, frío; vedle pobre, peregrino.

De civ. Dei 21, 27

“Quien da una limosna a un cristiano, no es al cristiano como tal al que se la da, si en él no está amando a Cristo”.

Carta 33, 3

Cuando por boca de cualquiera se nos dice alguna verdad con cierta dureza, no es el hombre el que nos corrige, pues quizá es pecador, sino la misma Verdad, esto es, Cristo, el cual es justo.

Sermón 386, 1

He ahí el don que has de ofrecerme: el perdonar a tu deudor. Tú me pides misericordia; no seas perezoso en concederla.

Sermón 206,2

Quien no padece hambre quiso ser alimentado en la persona del indigente. No despreciemos, pues, a nuestro Dios, necesitado en la persona del pobre, a fin de que, cuando sintamos indigencia, nos saciemos en quien es rico. Topamos con pobres, siendo pobres nosotros mismos: demos, pues, para recibir.

Sermón 56, 11

Actuamos con las manos cuando cumplimos esto: *Parte tu pan con el hambriento y alberga en tu casa al necesitado sin techo. Encierra la limosna en el corazón del pobre y ella misma orará por ti al Señor.*

Sermón 259, 4

Dos tipos de misericordia: Perdonad, y seréis perdonados: la misericordia del perdón; dad, y se os dará: la misericordia del generoso.

Sermón 95, 15

Si quieres alcanzar misericordia, sé tú misericordioso antes de que venga: perdona los agravios recibidos, da de lo que te sobra.

Textos de la Sagrada Escritura

En la Biblia, encontramos a los profetas y elegidos de Dios, a Jesús y sus apóstoles: alabando, implorando, anunciando y adorando la Divina Misericordia, en cada momento.

La Misericordia de Dios, estuvo «desde siempre para nosotros»

Gén 19, 19: «Tú has sido bondadoso con tu servidor y me has demostrado tu gran misericordia, salvándome la vida. Pero yo no podré huir a las montañas, sin que antes caigan sobre mí la destrucción y la muerte».

Éx 20, 6: «...y tengo misericordia a lo largo de mil generaciones, si me aman y cumplen mis mandamientos».

Núm 14, 18: «El Señor es lento a la ira y rico en misericordia. Él tolera la maldad y la rebeldía, pero no las deja impunes, sino que castiga la culpa de los padres en los hijos y en los nietos hasta la cuarta generación».

Os 2, 21: «Yo te desposaré para siempre, te desposaré en la justicia y el derecho, en el amor y la misericordia».

Jon 4, 2: «Entonces oró al Señor, diciendo: “¡Ah, Señor! ¿No ocurrió acaso lo que yo decía cuando aún estaba en mi país? Por eso traté de huir a Tarsis lo antes posible. Yo sabía que tú eres un Dios bondadoso y compasivo, lento a la cólera y rico en piedad, y que te arrepientes del mal con que amenazas”».

Sal 52, 10: «Yo, en cambio, como un olivo frondoso en la Casa de Dios, he puesto para siempre mi confianza en la misericordia del Señor».

Sal 145, 8: «El Señor es bondadoso y compasivo, lento a la ira y rico en misericordia».

Dan 9, 18: «Inclina tu oído, Dios mío, y escucha; abre tus ojos y mira nuestras ruinas y la ciudad que es llamada con tu Nombre, porque no presentamos nuestras súplicas delante de ti a causa de nuestros actos de justicia, sino a causa de tu gran misericordia».

2 Crón 30, 9: «Si os convertís al Señor, tus hermanos y tus hijos serán tratados con misericordia por aquellos que los han deportado, y podrán volver a esta tierra, porque el Señor, su Dios, es bondadoso y compasivo: no apartará su rostro de vosotros si vosotros volvéis a él».

Tob 8, 16: «¡Bendito seas por la alegría que me has dado! No ha sucedido lo que yo temía, sino que nos has tratado según tu gran misericordia».

Sab 15, 1: «Pero tú, Dios nuestro, eres bondadoso y fiel, eres paciente y todo lo administras con misericordia».

Sab 16, 10: «Pero contra tus hijos, ni siquiera pudieron los dientes de las serpientes venenosas, porque tu misericordia vino a su encuentro y los sanó».

Sir 2, 7: «Los que teméis al Señor, aguardad su misericordia, no os desviéis, para no caer».

Sir 35, 24: «¡Qué hermosa es la misericordia en el momento de la aflicción, como las nubes de lluvia en tiempo de sequía!».

Sir 47, 22: «Pero el Señor no renuncia jamás a su misericordia ni deja que se pierda ninguna de sus palabras: él no hará desaparecer la posteridad de su elegido, ni exterminará la estirpe de aquel que lo amó. Por eso, le dio un resto a Jacob, y a David una raíz nacida de él».

Sir 50, 22: «Y ahora bendigan al Dios del universo que hace grandes cosas por todas partes, al que nos exaltó desde el seno materno y nos trató según su misericordia».

Sir 51, 8: «Entonces, me acordé de tu misericordia, Señor, y de tus acciones desde los tiempos remotos, porque tú libras a los que esperan en ti y los salvas de las manos de sus enemigos».

Mt 5, 7: «Felices los misericordiosos, porque obtendrán misericordia».

Mt 9, 13: «Id y aprended qué significa: misericordia quiero y no sacrificios. Porque no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores».

Lc 1, 58: «Al enterarse sus vecinos y parientes de la gran misericordia con que Dios la había tratado, se alegraban con ella».

Lc 10, 37: «El que tuvo misericordia con él, le respondió el doctor. Y Jesús le dijo: Ve y procede tú de la misma manera».

Rom 9, 16: «En consecuencia, todo depende no del querer o del esfuerzo del hombre, sino de la misericordia de Dios».

Rom 9, 18: «Así pues usa de misericordia con quien quiere y endurece a quien quiere».

Rom 11, 30-32: «En efecto, vosotros antes desobedecisteis a Dios, pero ahora, a causa de la desobediencia de ellos, habéis alcanzado misericordia. Del mismo modo, ahora que habéis alcanzado misericordia, ellos se niegan a obedecer a Dios. Pero esto es para que ellos también alcancen misericordia. Porque Dios sometió a todos a la desobediencia para tener misericordia de todos».

Rom 12, 1: «Por lo tanto, hermanos, os exhorto por la misericordia de Dios a que os ofrezcáis vosotros mismos como víctima viva, santa y agradable a Dios: este es el culto espiritual que debéis ofrecer».

Rom 12, 8: «El que practica misericordia, que lo haga con alegría».

Rom 15, 9: «...y para que los paganos glorifiquen a Dios por su misericordia».

2 Cor 1, 3: «Bendigo sea Dios, el Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo».

Ef 2, 4: «Pero Dios, que es rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó».

1 *Tim* 1, 16: «Si encontré misericordia, fue para que Jesucristo demostrara en mí toda su paciencia, poniéndome como ejemplo de los que van a creer en él para alcanzar la Vida eterna».

2 *Tim* 1, 18: «Que Dios, en aquel Día, le permita alcanzar misericordia delante del Señor. Tú conoces mejor que nadie los servicios que él me prestó en Éfeso».

Tit 3: «...no por las obras de justicia que habíamos realizado, sino solamente por su misericordia, él nos salvó, haciéndonos renacer por el bautismo y renovándonos por el Espíritu Santo».

Heb 4, 16: «Vayamos, entonces, confiadamente al trono de la gracia, a fin de obtener misericordia y alcanzar la gracia de un auxilio oportuno».

Sant 2, 13: «Porque el que no tiene misericordia será juzgado sin misericordia, pero la misericordia se ríe del juicio».

Sant 3, 17: «En cambio, la sabiduría que viene de lo alto es, ante todo, pura; y además, pacífica, benévola y conciliadora; está llena de misericordia y dispuesta a hacer el bien; es imparcial y sincera».

1 *Pe* 1, 3: «Bendito sea Dios, el Padre de nuestro Señor Jesucristo, que en su gran misericordia, nos hizo renacer, por la resurrección de Jesucristo, a una esperanza viva».

1 *Pe* 2, 10: «Vosotros, que antes no erais pueblo, ahora sois el Pueblo de Dios; vosotros, que antes no habíais obtenido misericordia, ahora la habéis alcanzado».

2 *Jn* 1, 3: «También estarán con nosotros la gracia, la misericordia y la paz de Dios Padre y de su Hijo Jesucristo, en la verdad y en el amor».

Jds 1, 2: «Llegue a vosotros la misericordia, la paz y el amor en abundancia».

Jds 1, 21: «Manteneos en el amor de Dios, esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para la Vida eterna».

Misericordiae Vultus (textos)

«En este Año Santo, podremos realizar la experiencia de abrir el corazón a cuantos viven en las más contradictorias periferias existenciales, que con frecuencia el mundo moderno dramáticamente crea. ¡Cuántas situaciones de precariedad y sufrimiento existen en el mundo hoy! ¡Cuántas heridas sellan la carne de muchos que no tienen voz porque su grito se ha debilitado y silenciado a causa de la indiferencia de los pueblos ricos! En este Jubileo la Iglesia será llamada a curar aún más estas heridas, a aliviarlas con el óleo de la consolación, a vendarlas con la misericordia y a curarlas con la solidaridad y la debida atención. No caigamos en la indiferencia que humilla, en la habitualidad que anestesia el ánimo e impide descubrir la novedad, en el cinismo que destruye. Abramos nuestros ojos para mirar las miserias del mundo, las heridas de tantos hermanos y hermanas privados de la dignidad, y sintámonos provocados a escuchar su grito de auxilio. Nuestras manos estrechen sus manos, y acerquémonos a nosotros para que sientan el calor de nuestra presencia, de nuestra amistad y de la fraternidad. Que su grito se vuelva el nuestro y juntos podamos romper la barrera de la indiferencia que suele reinar campante para esconder la hipocresía y el egoísmo.

Es mi vivo deseo que el pueblo cristiano reflexione durante el Jubileo sobre las obras de misericordia corporales y espirituales. (...) Redescubramos las obras de misericordia corporales: dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, vestir al desnudo, acoger al forastero, asistir los enfermos, visitar a los presos, enterrar

a los muertos. Y no olvidemos las obras de misericordia espirituales: dar consejo al que lo necesita, enseñar al que no sabe, corregir al que yerra, consolar al triste, perdonar las ofensas, soportar con paciencia a las personas molestas, rogar a Dios por los vivos y por los difuntos.

No podemos escapar a las palabras del Señor y en base a ellas seremos juzgados: si dimos de comer al hambriento y de beber al sediento. Si acogimos al extranjero y vestimos al desnudo (...). En cada uno de estos “más pequeños” está presente Cristo mismo. Su carne se hace de nuevo visible como cuerpo martirizado, llagado, flagelado, desnutrido, en fuga... para que nosotros lo reconozcamos, lo toquemos y lo asistamos con cuidado. No olvidemos las palabras de San Juan de la Cruz: “En el ocaso de nuestras vidas, seremos juzgados en el amor”» (n. 15).

«En el Evangelio de Lucas encontramos otro aspecto importante para vivir con fe el Jubileo. El evangelista narra que Jesús, un sábado, volvió a Nazaret y, como era costumbre, entró en la Sinagoga. Lo llamaron para que leyera la Escritura y la comentara. El pasaje era el del profeta Isaías donde está escrito: ‘El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha unguido para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor’ (61, 1-2). ‘Un año de gracia: es esto lo que el Señor anuncia y lo que deseamos vivir. Este Año Santo lleva consigo la riqueza de la misión de Jesús que resuena en las palabras del profeta: llevar una palabra y un gesto de consolación a los pobres, anunciar la liberación a cuantos están prisioneros de las nuevas esclavitudes de la sociedad moderna, restituir la vista a quien no puede ver más porque se ha replegado sobre sí mismo, y volver a dar dignidad a cuantos han sido privados de ella (...). Nos acompañen las palabras del Apóstol: “El que practica misericordia, que lo haga con alegría” (*Rom 12, 8*)» (n. 16).

«Cuántas páginas de la Sagrada Escritura pueden ser meditadas en las semanas de Cuaresma para redescubrir el rostro misericordioso del Padre! Con las palabras del profeta Miqueas también nosotros podemos repetir: “Tú, oh, Señor, eres un Dios que cancelas la iniquidad y perdonas el pecado, que no mantienes para siempre tu cólera, pues amas la misericordia. Tú, Señor, volverás a compadecerte de nosotros y a tener piedad de tu pueblo. Destruirás nuestras culpas y arrojarás en el fondo del mar todos nuestros pecados” (cf. 7, 18-19).

Las páginas del profeta Isaías podrán ser meditadas con mayor atención en este tiempo de oración, ayuno y caridad: “Este es el ayuno que yo deseo: soltar las cadenas injustas, desatar los lazos del yugo, dejar en libertad a los oprimidos y romper todos los yugos; compartir tu pan con el hambriento y albergar a los pobres sin techo; cubrir al que veas desnudo y no abandonar a tus semejantes (...) como el mediodía. El Señor te guiará incesantemente, te saciará en los ardores del desierto y llenará tus huesos de vigor; tú serás como un jardín bien regado, como una vertiente de agua, cuyas aguas nunca se agotan” (58, 6-11).

La iniciativa “24 horas para el Señor”, a celebrarse durante el viernes y sábado que anteceden el IV domingo de Cuaresma, se incrementa en las diócesis. (...) De nuevo ponemos convencidos en el centro el sacramento de la reconciliación, porque nos permite experimentar en carne propia la grandeza de la misericordia. Será para cada penitente fuente de verdadera paz interior. Nunca me cansaré de insistir en que los confesores sean un verdadero signo de la misericordia del Padre. Ser confesores no se improvisa. (...) Ninguno de nosotros es dueño del sacramento, sino fiel servidor del perdón de Dios. Cada confesor deberá acoger a los fieles como el padre en la parábola del hijo pródigo: un padre que corre al encuentro del hijo aunque hubiese dilapidado sus bienes. Los con-

fesores están llamados a abrazar a ese hijo arrepentido que vuelve a casa y a manifestar la alegría por haberlo encontrado. No se cansarán de salir al encuentro también del otro hijo que se quedó afuera, incapaz de alegrarse, para explicarle que su juicio severo es injusto y no tiene ningún sentido ante la misericordia del Padre que no conoce confines. No harán preguntas impertinentes, sino como el padre de la parábola interrumpirán el discurso preparado por el hijo pródigo, porque serán capaces de percibir en el corazón de cada penitente la invocación de ayuda y la súplica de perdón. En fin, los confesores están llamados a ser siempre, en todas partes, en cada situación y a pesar de todo, el signo del primado de la misericordia» (n. 17).

«Durante la Cuaresma de este Año Santo tengo la intención de enviar los Misioneros de la Misericordia. Serán un signo de la solicitud materna de la Iglesia por el Pueblo de Dios, para que entre en profundidad en la riqueza de este misterio tan fundamental para la fe. (...) Serán misioneros de la misericordia porque serán los artífices ante todos de un encuentro cargado de humanidad, fuente de liberación, rico de responsabilidad, para superar los obstáculos y retomar la vida nueva del Bautismo. Se dejarán conducir en su misión por las palabras del Apóstol: “Dios sometió a todos a la desobediencia, para tener misericordia de todos” (*Rom 11, 32*).

Todos, entonces, sin excluir a nadie, están llamados a percibir el llamamiento a la misericordia. Los misioneros vivan esta llamada conscientes de poder fijar la mirada sobre Jesús, “sumo sacerdote misericordioso y digno de fe” (*Heb 2, 17*)» (n. 18).

«La palabra del perdón pueda llegar a todos y la llamada a experimentar la misericordia no deje a ninguno indiferente. Mi invitación a la conversión se dirige con mayor insistencia a aquellas personas que se encuentran lejanas de la gracia de Dios debido a su conducta de vida. Pienso en modo particular a los hombres y

mujeres que pertenecen a algún grupo criminal, cualquiera que este sea. Por vuestro bien, os pido cambiar de vida. Os lo pido en el nombre del Hijo de Dios. (...) La misma llamada llegue también a todas las personas promotoras o cómplices de corrupción. (...) Es una obra de las tinieblas, sostenida por la sospecha y la intriga. *Corruptio optimi pessima*, decía con razón san Gregorio Magno, para indicar que ninguno puede sentirse inmune de esta tentación. Para erradicarla de la vida personal y social son necesarias prudencia, vigilancia, lealtad, transparencia, unidas al coraje de la denuncia. Si no se la combate abiertamente, tarde o temprano busca cómplices y destruye la existencia.

¡Este es el tiempo oportuno para cambiar de vida! Este es el tiempo para dejarse tocar el corazón. (...) Basta solamente que acojáis la llamada a la conversión y os sometáis a la justicia mientras la Iglesia os ofrece misericordia» (n. 19).

«No será inútil, en este contexto, recordar la relación existente entre justicia y misericordia. (...) En la Biblia, muchas veces se hace referencia a la justicia divina y a Dios como juez. (...) Para superar la perspectiva legalista, sería necesario recordar que en la Sagrada Escritura la justicia es concebida esencialmente como un abandonarse confiado en la voluntad de Dios.

Por su parte, Jesús habla muchas veces de la importancia de la fe, más bien que de la observancia de la ley. Es, en este sentido, que debemos comprender sus palabras cuando estando a la mesa con Mateo y otros publicanos y pecadores, dice a los fariseos que le replicaban: “Vayan y aprendan qué significa: Yo quiero misericordia y no sacrificios. Porque yo no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores” (*Mt* 9, 13). (...) El reclamo a observar la ley no puede obstaculizar la atención por las necesidades que tocan la dignidad de las personas.

(...) Al respecto, es muy significativa la referencia que Jesús hace al profeta Oseas: “Yo quiero amor, no sacrificio” (6, 6). Jesús afirma que, de ahora en adelante, la regla de vida de sus discípulos deberá ser la que da el primado a la misericordia, como Él mismo testimonia compartiendo la mesa con los pecadores. La misericordia, una vez más, se revela como dimensión fundamental de la misión de Jesús. Ella es un verdadero reto para sus interlocutores que se detienen en el respeto formal de la ley. Jesús, en cambio, va más allá de la ley; su compartir con aquellos que la ley consideraba pecadores permite comprender hasta dónde llega su misericordia.

También el Apóstol Pablo hizo un recorrido parecido. Antes de encontrar a Jesús en el camino a Damasco, su vida estaba dedicada a perseguir de manera irreprochable la justicia de la ley (cf. *Flp* 3, 6). La conversión a Cristo lo condujo a ampliar su visión precedente al punto que en la Carta a los Gálatas afirma: “Hemos creído en Jesucristo, para ser justificados por la fe de Cristo y no por las obras de la Ley” (2, 16). Su comprensión de la justicia ha cambiado ahora radicalmente. Pablo pone en primer lugar la fe y no más la ley (n. 19).

«La misericordia no es contraria a la justicia sino que expresa el comportamiento de Dios hacia el pecador, ofreciéndole una ulterior posibilidad para examinarse, convertirse y creer. La experiencia del profeta Oseas viene en nuestra ayuda para mostrarnos la superación de la justicia en dirección hacia la misericordia. La época de este profeta se cuenta entre las más dramáticas de la historia del pueblo hebreo. El Reino está cercano a la destrucción; el pueblo no ha permanecido fiel a la alianza, se ha alejado de Dios y ha perdido la fe de los Padres. Según una lógica humana, es justo que Dios piense en rechazar al pueblo infiel (...). Y sin embargo, después de esta reacción que apela a la justicia, el profeta modifica radicalmente su lenguaje y revela el verdadero rostro de Dios: “Mi corazón se convulsiona dentro de mí, y al mismo tiempo se estremecen mis

entrañas. No daré curso al furor de mi cólera, no volveré a destruir a Efraín, porque soy Dios, no un hombre; el Santo en medio de ti y no es mi deseo aniquilar” (11, 8-9). San Agustín, comentando las palabras del profeta dice: “Es más fácil que Dios contenga la ira que la misericordia”. Es precisamente así. La ira de Dios dura un instante, mientras que su misericordia dura eternamente.

Si Dios se detuviera en la justicia, dejaría de ser Dios, sería como todos los hombres que invocan el respeto por la ley. (...) Esta justicia de Dios es la misericordia concedida a todos como gracia en razón de la muerte y Resurrección de Jesucristo. La cruz de Cristo, entonces, es el juicio de Dios sobre todos nosotros y sobre el mundo, porque nos ofrece la certeza del amor y de la vida nueva» (n. 21).

«El Jubileo lleva también consigo la referencia a la *indulgencia*. En el Año Santo de la Misericordia ella adquiere una relevancia particular. El perdón de Dios por nuestros pecados no conoce límites. En la muerte y resurrección de Jesucristo, Dios hace evidente este amor que es capaz incluso de destruir el pecado de los hombres. (...) Sabemos que estamos llamados a la perfección (cf. Mt 5, 48), pero sentimos fuerte el peso del pecado. Mientras percibimos la potencia de la gracia que nos transforma, experimentamos también la fuerza del pecado que nos condiciona. No obstante el perdón, llevamos en nuestra vida las contradicciones que son consecuencia de nuestros pecados. (...) La misericordia de Dios es incluso más fuerte que esto. Ella se transforma en indulgencia del Padre que, a través de la Esposa de Cristo, alcanza al pecador perdonado y lo libera de todo residuo, consecuencia del pecado, habilitándolo a obrar con caridad, a crecer en el amor antes que a recaer en el pecado» (n. 22).

«La misericordia posee un valor que sobrepasa los confines de la Iglesia. Ella nos relaciona con el judaísmo y el islam, que la consideran uno de los atributos más calificativos de Dios. (...) También

ellos creen que nadie puede limitar la misericordia divina porque sus puertas están siempre abiertas» (n. 23).

«El pensamiento se dirige ahora a la Madre de la Misericordia. Que la dulzura de su mirada nos acompañe en este Año Santo, para que todos podamos redescubrir la alegría de la ternura de Dios. Ninguno como María ha conocido la profundidad del misterio de Dios hecho hombre. Todo en su vida fue plasmado por la presencia de la misericordia hecha carne. La Madre del Crucificado-Resucitado entró en el santuario de la misericordia divina porque participó íntimamente en el misterio de su amor (...).

Al pie de la cruz, María junto con Juan, el discípulo del amor, es testigo de las palabras de perdón que salen de la boca de Jesús. El perdón supremo ofrecido a quien lo ha crucificado nos muestra hasta dónde puede llegar la misericordia de Dios. María atestigua que la misericordia del Hijo de Dios no conoce límites y alcanza a todos sin excluir a ninguno» (n. 24).

«La Iglesia está llamada a ser el primer testigo veraz de la misericordia, profesándola y viviéndola como el centro de la Revelación de Jesucristo. Desde el corazón de la Trinidad, desde la intimidad más profunda del misterio de Dios, brota y corre sin parar el gran río de la misericordia. Esta fuente nunca podrá agotarse, sin importar cuántos sean los que a ella se acerquen. Cada vez que alguien tenga necesidad, podrá venir a ella, porque la misericordia de Dios no tiene fin. Es tan insondable la profundidad del misterio que encierra, tan inagotable la riqueza que de ella proviene» (n. 25).

